



Podgorny, Irina

Rowley-Conwy, Peter (2007). From genesis to prehistory. The archaeological three age system and its contested reception in Denmark, Britain and Ireland. Oxford, Oxford University Press, 384 pp. ISBN: 978-019-922774-7



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Podgorny, I. (2009). Rowley-Conwy, Peter (2007). From genesis to prehistory. The archaeological three age system and its contested reception in Denmark, Britain and Ireland. Oxford, Oxford University Press, 384 pp. ISBN: 978-019-922774-7. *Redes*, 15(30), 254-259. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/426>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

ROWLEY-CONWY, PETER (2007)

FROM GENESIS TO PREHISTORY. THE ARCHAEOLOGICAL THREE AGE SYSTEM AND ITS CONTESTED RECEPTION IN DENMARK, BRITAIN AND IRELAND

OXFORD, OXFORD UNIVERSITY PRESS, 384 PP.

ISBN: 978-019-922774-7

IRINA PODGORNÝ*

Uno de los elementos iniciales que surge de este libro dedicado a la emergencia, desarrollo y aceptación del “Sistema de las tres edades,” consiste en la relación entre la historiografía y el problema de la lengua en la ciencia contemporánea. En las primeras líneas del prefacio, Peter Rowley-Conwy, profesor de arqueología de la Universidad de Durham, aclara que, habiendo sido criado en dos idiomas, el de su país de residencia y el dinamarqués, desde joven se le hizo evidente la siguiente contradicción: aquella planteada entre la historiografía en inglés sobre los avatares de este concepto científico radicalmente novedoso, acuñado en Dinamarca y en el sur de Suecia, y las fuentes, a las que él podía acceder en su idioma original.

Recordemos que Roland Barthes, hace muchos años, había señalado que la frontera entre la literatura y la ciencia (refiriéndose con ello a las disciplinas históricas y sociales) se situaba en la conciencia del lenguaje. Parece ser verdad que, en la práctica científica contemporánea, la lengua pasa desapercibida. De esta manera, los científicos hablamos, escribimos y leemos en la paradoja planteada por la no reflexión sobre la lengua materna y por una pretendida búsqueda de un lenguaje neutral y común, comprensible para la comunidad científica internacional. En esta paradoja, la lengua se vuelve tan invisible como la misma cultura y como las categorías que preexisten y condicionan cualquier acto de escritura o de comunicación. Sin embargo, la invisibilidad de la lengua no es inherente a la práctica de la ciencia, sino algo que surge en la segunda mitad del siglo xx.

A diferencia de la opinión de Barthes, la conciencia de la lengua de los científicos de fines del siglo xix fue utilizada, precisamente,

* Museo de La Plata, investigadora CONICET.

para separarse de la literatura y, por otro lado, para cuidar la lengua nacional. Los neologismos acuñados para una disciplina nueva como la prehistoria, como muestra Rowley-Conwy, no solo eran discutidos en el contexto nacional donde aparecían, sino que, antes de ser adoptados en otra lengua, eran igualmente analizados y modificados.

Asimismo, el autor también considera que el éxito de la clasificación de los tiempos de la historia remota en las edades de Piedra, Bronce e Hierro, ha quedado oscurecida por otros dos temas estrechamente ligados a los problemas de la arqueología de la Inglaterra victoriana: la historia dedicada al “descubrimiento de la antigüedad del hombre” (es decir, la contemporaneidad de la fauna extinguida con el género humano y la mera existencia de una “humanidad fósil”) y al desciframiento de los sistemas de escritura hallados gracias a la excavación de las ciudades antiguas. Mientras en Escandinavia el Sistema de las tres edades fue adoptado rápidamente en los diez años siguientes a su publicación, a mediados de la década de 1830, en las islas británicas, su aceptación aparejó transitar, por unos cuarenta años, un camino más que sinuoso, variable y errático. Por ello, Rowley-Conwy insiste en que, lejos de concentrarse –como suele hacer la historiografía de la arqueología– en el éxito del sistema de las tres edades y en quiénes lo adoptaron, él tratará de incorporar a la historia a aquellos que se resistieron o, sencillamente, lo ignoraron.

En un acto de honestidad intelectual muy poco frecuente, el autor también señala las limitaciones de su investigación, trazadas por la frontera del universo lingüístico que él domina: la literatura escrita en inglés y los idiomas escandinavos. Para recorrer este sendero, el libro se organiza en ocho apartados y un apéndice documental, donde principalmente el autor traduce al inglés los diferentes trabajos e intervenciones que él considera hitos importantes de esta historia. El libro se organiza en una introducción general (“Chronologies in Conflict”) y seis capítulos que se refieren a un contexto específico de armado, uso y discusión del sistema (“The Construction of Prehistory: Copenhagen to 1836”, “The Three Age System as Predator: Copenhagen and Lund 1836-1850”, “The Disinterested Gentlemen: England to 1860”, “Scotland: The Creation of a Nation’s History”, “Ireland: Realm of Four Masters” y “Fighting it Through England 1860-1880”), para terminar con una conclusión.

En la introducción —en realidad, en todo el libro—, Rowley-Conwy (un arqueólogo dedicado a la interacción entre cerdos y humanos en la prehistoria) da una verdadera lección de metodología a todos aquellos que en los últimos años han incursionado con entusiasmo moralizante, y sin demasiada rigurosidad, en la historia de su propia disciplina. De esta manera, se plantea saltar por encima de dos supuestos que rigen en la práctica de la arqueología contemporánea y que distorsionan a la indagación histórica ingenua: primero, “our ingrained knowledge that the Three Age System is objectively *correct*” (p. 3). Segundo: “our knowledge of the subsequent history of archaeology, involving as it did the triumph of the Three Age System over those other ways of ordering the past. With hindsight, we unthinkingly accept that this triumph was *inevitable*” (p. 3).

Rowley-Conwy tiene razón al señalar que el intento de desembarazarse de este tipo de obstáculos (“handicaps”, como él los llama) es algo frecuente y normal en la historiografía de otras disciplinas, pero que no abunda entre los arqueólogos. Y aquí cabe una reflexión: resulta por lo menos curioso que las historias de la arqueología redunden en trabajos tan poco precavidos, cuando los arqueólogos poseen las herramientas metodológicas y conceptuales necesarias para evitar la trampa del anacronismo y del juicio al pasado. Esas herramientas tan básicas de la arqueología, ligadas a la reconstrucción de “contextos”, “asociaciones”, esas extremas y sofisticadas precauciones para estudiar la “formación del sitio” y los mecanismos que hicieron posible que determinada evidencia “aparezca frente a nuestros ojos”, o el anatema que rige para no condenar a una cultura por la falta de un elemento cultural de otra, entre otras cosas, parece olvidarse cuando se trata de ir al pasado de la propia disciplina, generando un corpus de batalla donde distintos personajes luchan por imponer la verdad y mientras otros retardan ese día del triunfo sobre el pasado mudo o silenciado. Parecería que esas reglas metodológicas se acuñaron para dominar esa tendencia a enjuiciar a “los otros”, pero como se trata de “nuestra historia”, allí es permitido despacharse con todos los prejuicios del sentido común: la falta, la imperfección, la posibilidad de pararse en el fin de la historia y en la cima del progreso. Esa historiografía —de éxito probado, por cierto— genera cierta esterilidad y, por otro lado, la imposibilidad de dialogar con otras disciplinas e historiadores, que miran ese corpus con escaso interés y sin entender la posible rele-

vancia de esos textos autorreferenciales. Otros deberán indagar el por qué de esta tendencia que atraviesa fronteras y contagia a distintas comunidades de arqueólogos, pero, sin dudas, este libro ayuda —con mucho— a generar una literatura mucho más en consonancia con la historia de la ciencia y la historia en general.

Para dilucidar esta simplificación, la primera aclaración que Rowly-Conwy debe hacer a su potencial comunidad de lectores es la de levantar la connotación despectiva que rige entre los arqueólogos para el término “anticuario” y las prácticas de la anticuaria. Asimismo, aclara que el llamado Sistema de las tres edades emergió en un mundo intelectual donde existían otros modos de considerar el pasado humano antiguo y donde la geología y la paleontología estaban examinando épocas mucho más remotas (disciplinas que, vale la pena subrayar, emergieron en los primeros años del siglo XIX). Así señala: “Until 1860 archaeologist, like historians and philologists, had *no need* for a timescale longer than that based on the Bible, and most remained chronologically conservative. In the 1840s the Three Age System was just one of the three main ways of approaching the ancient human past” (p. 5, cursivas nuestras). Las otras dos se refieren a aquello que el autor denomina “historia antigua” (ancient history) y la nueva disciplina de la “etnología”, ambas asiduas visitantes de la filología como medio para reconstruir la historia humana y las migraciones. La craneología, la filología comparada, el uso de la evidencia documental, la cronología exacta, todas ellas proveen modos de observar, de describir y de relacionarse con los tiempos pasados. El conflicto entre estas tres maneras de acercarse al pasado humano constituye el principal tema del libro, que se inicia y se desarrolla como una fina historia de los sistemas clasificatorios y las maneras de otorgar antigüedad a las cosas que conviven, con más o menos conflicto, en un universo de intercambio de objetos, cartas, personas, libros e imágenes. En este caso, ese mundo comprende las comunidades de anticuarios, historiadores, responsables de museos, arqueólogos, etc., que circulan entre las islas británicas y los países escandinavos. En este sentido, este libro sí se aproxima a las tendencias más recientes en historia de la ciencia que se basan en esas prácticas —de aparente menor porte que las ideas—, como son la clasificación de los objetos y la mera creación —y desaparición— de nuevas cosas, naturales y humanas. Se trata de una historia densa, detallista, puntillosa, plagada de personajes olvidados, de idas y vueltas, que no habla de triunfos y no esconde

los fracasos: por el contrario, muestra que, sin ellos, la escritura de la historia oculta mucho.

En efecto, uno de los aspectos más jugosos para los historiadores de la arqueología del “Nuevo Mundo” surge en el capítulo 6, dedicado al estudio del pasado en Irlanda. Esta afirmación puede sonar extraña, pero solo si nos olvidamos del alerta de la introducción. Por un lado, en este capítulo vuelve a hacerse evidente la vinculación casi azarosa entre el saber de los ingenieros y el estudio de la historia a partir de las cosas y los vestigios materiales (véase Podgorny, 2007, 2008). Por otro lado, allí se hace explícito que la adopción en Gran Bretaña lejos de tratarse de “a ‘top-down’ imposition from the centre in Dublin, was rather a ‘bottom-up’ movement that emerged from the provinces” (p. 179). Finalmente, con pluma ágil y hábil, Rowley-Conwy describe los análisis sobre los pueblos viajeros (como los fenicios y los pelasgos) y la dispersión de distintos elementos culturales –tales como las torres redondas– gracias a sus travesías y migraciones. De esta manera, el historiador de la arqueología americana se da cuenta que hacer, por ejemplo, la historia de las ruinas de Palenque o de la presencia de la “Cruz en América” debe vincularse de manera obligatoria con la anticuaria y la historia antigua hecha en Dublín y en Lund. Esos tópicos que, gracias a la fragmentación modelada por el siglo xx, suelen aparecer como disquisiciones peregrinas de los aficionados de la americanística del siglo del progreso, son los temas que formatean prácticas, ideas y discusiones: sin ellas no se entiende esa obsesión por lo universal, por conocer los monumentos de la India para compararlos con los irlandeses, o los templos Khmer para entender a los mayas. En este sentido, el libro de Rowley-Conwy, tan centrado y concentrado en un intercambio lingüístico muy acotado, nos regala un soplo de internacionalismo.

Ese aire internacional terminó escondido por las reivindicaciones nacionales, donde la lengua no dejó de jugar un papel. Señalemos: entre los inicios y el fin del siglo xix, las lenguas nacionales escritas se multiplicaron paralelamente a la aspiración de cada nación europea por poseer su propia lengua de civilización. En la Europa de 1800, las obras científicas se publicaban en una decena de lenguas (francés, inglés, alemán, italiano, español, sueco, danés, polaco, ruso, griego), mientras que, en 1900, los trabajos de carácter científico aparecían en más de veinte lenguas europeas diferentes. A las anteriores se le sumaron, entre otras, el rumano, el checo,

el serbocroata, el esloveno, el búlgaro, el húngaro, el finlandés, el lituano, el flamenco, el noruego, el islandés, el provenzal, el galo, el irlandés, el bretón, el turco, el vasco y el albanés (Rasmussen, 1996: 142). Las últimas décadas del siglo XIX y los años que preceden a 1914 son testigos de la aparición del argumento que asocia la diversidad lingüística imperante con una amenaza a la comunicación científica internacional. La prehistoria quedaría entrapada en estas disyuntivas y olvidaría su emergencia híbrida, de múltiples cunas, y más progenitores.

Un aspecto a destacar en el fin de esta reseña –subrayado por el autor en su introducción– es que esta historia tan compleja se hace hoy posible e ineludible gracias a las bases de datos y las diferentes bibliotecas virtuales: Google books, JSTOR, archives, etc. Me uno al regocijo, sumando al festejo las diversas lenguas que se expresan en estos mega-archivos, porque, de alguna manera, colaboran a matar aquello que Javier Ordóñez llama el “victimismo de la periferia” (véase Podgorny, 2009, prólogo). Pero con ello se evidencia también otra paradoja: las disciplinas del siglo XIX emergen de una densísima trama de intercambios y publicaciones en distintas lenguas, enlazadas a ese lado colectivo y cooperativo del conocimiento que caracteriza la ciencia moderna. Su propio devenir haría que ese rasgo llegara casi oculto a sus herederos del siglo XX. Aparentemente, las herramientas del siglo XXI nos están ayudando a ver cuán solos trabajamos o creemos trabajar. Más aún, entusiasmándonos de ese modo, ¿no nos hacen continuar por ese camino?

BIBLIOGRAFÍA

- Podgorny, I. (2007), “The reliability of the ruins”, *Journal of Spanish Cultural Studies*, vol. 8, Nº 2, pp. 213-233.
- (2008), “Medios de la arqueología”, *Redes*, vol. 14, Nº 28, pp. 97-112.
- (2009), *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la Prehistoria en la Argentina, 1850-1910*, Rosario, Prohistoria.
- Rasmussen, A. (1996), “À la recherche d’une langue internationale de la science 1880-1914”, en *Sciences et langues en Europe*, dirección de R. Chartier y Pietro Corsi, París, Centre A. Koyré, pp. 139-155.